



## LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA GLOBALIZACION

### 2-A.- LA PARÁBOLA DE INGRAM

James Ingram ha elaborado la denominada «parábola de Ingram» profundamente reveladora de cómo los aspectos sociopolíticos pueden afectar a la valoración de resultados técnicamente similares. Supongamos que el bien Y son automóviles y el X trigo. Ahora en el país A -una economía oficialmente cerrada al comercio- un empresario anuncia que ha descubierto una técnica sorprendente, que guarda en secreto, que permite obtener automóviles mucho más barato que antes, de forma que está dispuesto a vender automóviles más barato que las empresas nacionales que hasta entonces las producían en el país. Probablemente el empresario será saludado como un innovador benefactor de la sociedad, y aunque las anteriores fabricantes de autos se vean abocadas al cierre, será visto como el precio normal del progreso. Al cabo de un tiempo un audaz reportero descubre la «sorprendente técnica»: el empresario «innovador» lo que hace es llevar el trigo a otro país donde la intercambia por automóviles más baratos que los nacionales. Dos preguntas: 1) ¿altera esta revelación la esencia económica de lo que está pasando? Respuesta: no. 2) Pese a ello, ¿originará las mismas reacciones en la sociedad? Parece claro que ahora nuestro «innovador» será criticado como un «traidor» a la patria, insolidario con «nuestros» empresarios, etc. Ahora emergerá la diferencia entre «los nuestros» y «los otros». Se asomarán las vertientes conflictivas del comercio internacional.

- **Comente el texto anterior, relacionándolo con la teoría de la ventaja comparativa y la clásica polémica entre librecambismo y proteccionismo.**

### 2-B.- EL EXCREMENTO DEL DIABLO

**Comente el texto del artículo que se reproduce la página adjunta.**

**¿Puede ser un grave problema para los países “pobres” ser “ricos” en recursos naturales?**

MOISÉS NAÍM

# El excremento del Diablo

MOISÉS NAÍM 11/10/2009

El petróleo empobrece. Los diamantes, el gas y el cobre también. Los países pobres que cuentan con abundantes recursos naturales suelen ser subdesarrollados. Esto ocurre no a pesar de sus riquezas naturales, sino debido a ellas. ¿Cómo puede ser que la riqueza natural de un país perpetúe la pobreza de la mayoría de sus habitantes? Debido a un fenómeno conocido como "la maldición de los recursos naturales".

Hay países que logran conjurar esta maldición. Noruega o Estados Unidos, por ejemplo, son a la vez petroleros y desarrollados. Pero son excepciones que no sólo confirman la regla, sino que también ilustran los antidotos contra esta maldición: democracia e instituciones que limitan la concentración del poder. Además, para neutralizar la maldición también es necesario mantener la estabilidad económica, controlar el gasto público, ahorrar para los años de vacas flacas, diversificar la economía, impedir la concentración del ingreso y evitar que la moneda del país sea demasiado costosa comparada con las de otras naciones. Los países exportadores de recursos naturales que no adoptan estas medidas empobrecen y maltratan a la gran mayoría de su población. La tragedia es que pocos logran evitar estos nocivos efectos. ¿Por qué?

La maldición de los recursos es como una enfermedad adictiva: le quita a la víctima la voluntad de curarse. Los grupos más poderosos de estas sociedades no tienen muchos incentivos para luchar contra los efectos perversos de la excesiva dependencia de los recursos naturales. Los efectos son perversos para el resto de la población, no para las élites. Éstas, por el contrario, se benefician de la situación.

El venezolano Juan Pablo Pérez Alfonzo, uno de los fundadores de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), fue el primero en llamar la atención sobre esto. El petróleo, dijo, no es oro negro; es el excremento del diablo. La intuición de Pérez Alfonzo ha sido rigurosamente confirmada. Desde 1975, por ejemplo, las economías de los países ricos en recursos naturales han crecido menos que las de los países que no exportan principalmente materias primas.

Peor aún, en los países afectados por la maldición, los beneficios del crecimiento económico se concentran en pequeños grupos políticos, militares y empresariales. Además, su moneda se encarece con respecto a las de otras naciones, lo cual frena las exportaciones de todo lo que no sea el recurso natural que tienen en abundancia. Esto, a su vez, inhibe la diversificación de la economía y condena a los países a depender cada vez más de las exportaciones de su principal materia prima. En el caso del petróleo, el crecimiento que este genera no crea puestos de trabajo en proporción a su peso en la economía. Así, en los países cuya principal exportación es el petróleo, esa industria genera más del 80% de los ingresos totales, pero tan sólo el 10% del empleo. Inevitablemente, esto aumenta la desigualdad económica.

Dado que los gobiernos de los países exportadores de materias primas no dependen de los impuestos de su población para financiarse, sus líderes pueden darse el lujo de ignorar las exigencias y necesidades de sus ciudadanos. Éstos, a su vez, desarrollan relaciones tenues y parasitarias con el Estado. Además, cuando mucho dinero público es controlado por pocos individuos que no rinden cuentas al resto de la sociedad, la corrupción es inevitable. Las similitudes de países tan diferentes como Rusia, Irán o Venezuela no son una casualidad. Son el resultado de la maldición.

Es muy difícil sacar del poder a gobiernos ricos en petróleo que, además, tienen la posibilidad de usar sus vastos recursos financieros para comprar o reprimir a sus opositores. Las estadísticas demuestran que es mucho menos probable que un país petrolero autoritario se transforme en una democracia de lo que resulta para una dictadura que no cuenta con abundantes recursos naturales. Las estadísticas también confirman que, en todas partes, las autocracias petroleras gastan más en armas y ejércitos y son más propensas a tener conflictos armados.

Esto no quiere decir que los países pobres con abundantes recursos naturales estén condenados al subdesarrollo. Chile y Botsuana son extraordinarios ejemplos de países menos desarrollados que a pesar de ser

exportadores de materias primas han escapado de la maldición. Sus experiencias confirman cuáles son las vacunas que protegen a un país contra sus efectos. Pero ¿por qué estos países estuvieron dispuestos a vacunarse y otros no? Nadie sabe. A quien encuentre la respuesta a esta pregunta habría que darle el premio Nobel. No el de Economía. El de la Paz.

*[mnaim@elpais.es](mailto:mnaim@elpais.es)*